

EL MENTIDERO



DE LA VILLA DE MADRID

N.º 874 | Sábado, 9 de Marzo de 2024

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✦ **La conquista de la verdadera libertad**, *Alfonso López Quintás*
- ✦ **Vejez**, *Jun Manuel de Prada*
- ✦ **¿Milei tiene un proyecto?**, *Alberto Buela*
- ✦ **Montserrat 2024: Acto de desagravio por la retirada de la estatua del Requeté en Montserrat**, *Javier Barrycoa*



La conquista de la verdadera libertad

Alfonso López Quintás

Catedrático emérito de la universidad Complutense de Madrid. Miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas y Presidente de la Escuela de Pensamiento y Creatividad. Tomado del nº 106 de *Altar Mayor*, Marzo-Abril 2006, editado por la Hermandad del Valle de los Caídos.

Destacados psicólogos afirman que una persona está básicamente formada cuando tiene una idea cabal de la libertad. El protagonista de la obra de Jean Paul Sartre *Los caminos de la libertad*. La prórroga va a la estación de la que han de partir los movilizados para defender a la patria de la invasión nacionalsocialista. Pero deja que el tren se aleje, abarrotado de jóvenes, y se vuelve a París. Callejea sin rumbo, contempla largamente el Sena, da vueltas a mil pensamientos, se siente invadido de libertad. Todo él es libertad. Pero al final se pregunta: «Y ¿qué voy a hacer yo con toda esta libertad? ¿Qué voy a hacer conmigo?». Sin duda intuyó que su libertad era vacía, no conducía a ninguna meta, no era impulsada por ningún ideal digno de la persona humana.

Un desertor es una persona que rompe amarras con su patria. Cuando un país es invadido por un enemigo, se moviliza entero en orden a su defensa. Todo cambia en él de sentido. Las metas de cada vida quedan supeditadas a la gran meta: defender la patria. Al hacerlo, cobra sentido la vida de cada ciudadano. Matthieu, el protagonista de la obra

de Sartre, no se orienta hacia esa meta. Por ello, cuanto haga estará fuera de lugar. Carecerá de sentido. Será un extrañamiento en su país. Se ha desvinculado, es libre, pero tan menguada libertad no le lleva a ninguna parte que dé sentido a su vida. Esa libertad vacía no es fruto de una conquista, sino puro resultado de una huida traidora. El traidor se mueve con una forma de libertad absoluta (ab-soluta, desgajada de todo vínculo), pero, al hacerlo, no hace sino «deslizarse por un astro muerto». París, toda Francia, el mundo entero es para él un desierto. La libertad vacía deja la vida humana desolada.

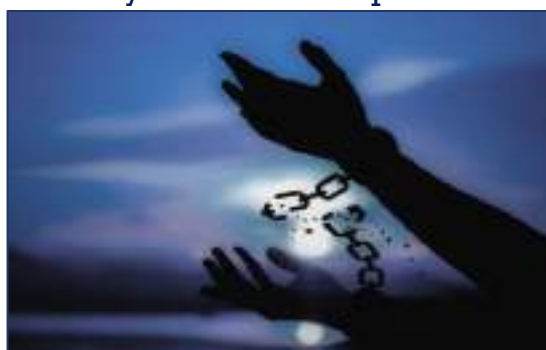
Esta situación de desconcierto resulta especialmente penosa para nosotros pues el anhelo de libertad se halla enraizado en lo más profundo de nuestro ser. Es ley de vida que el ser humano quiere emanciparse de cuanto bloquea su desarrollo normal. El bebé se agita en la cuna para ejercitar sus potencias motrices; el niño va perdiendo poco a poco su apego casi fusional a los padres a fin de moverse autónomamente; el joven se esfuerza por independizarse en el pensar y actuar... Es una lucha por adquirir libertad. Pero ¿en qué consiste la verdadera libertad? Descubrirlo es un hallazgo decisivo para toda la vida. Por esta profunda razón, una tarea ineludible del proceso de formación humana es descubrir en qué consiste verdaderamente ser libre.

Por fortuna, el conocimiento de la función que ejerce en nuestra vida el auténtico ideal nos permite clarificar a fondo esta cuestión. Para hacerlo, veamos, por sus pasos, cómo van surgiendo en nuestra vida y articulándose entre sí las diversas formas de libertad.

Diversas formas de libertad

1) *La libertad de ejercitar las potencias fisiológicas y psíquicas.* La primera forma de libertad que desea ejercitar el ser humano es la de movimiento. El bebé, en la cuna, mueve sus extremidades constantemente y se sentiría muy frustrado si no pudiera realizarlo. A medida que pone en forma sus potencias –moverse, ver, oír, tocar, pensar, recordar, querer...–, el niño tiende a ejercitarlas con avidez.

El parálítico se ve trabado, incapaz de dar rienda suelta a su afán de caminar por propia cuenta, desplegar energías, desplazarse, tomar iniciativas... No se siente libre, y su estado de postración le causa un profundo malestar. Le falla la vida en su misma raíz, porque la libertad de ejercitar las potencias fisiológicas y psíquicas está enraizada en las bases mismas del propio ser.



2) *La libertad de ejercitar dichas potencias en todo tiempo y lugar.* El recluso que tiene libertad para ejercitar sus potencias naturales, por gozar de buena salud, pero no puede hacerlo donde y cuando quiere siente la cárcel como un encierro asfixiante, pues reprime una tendencia natural. Su deseo de liberación es, en cierta medida, semejante al del minusválido. Aunque la prisión sea amplia y confortable, la imposibilidad de planificar sus movimientos le produce una sensación desazonante de ahogo, semejante al del asmático que se ve rodeado de aire por todas partes pero no puede aspirarlo. Al prisionero le sucede esto respecto al espacio.

3) *La libertad de moverse en la sociedad con el indispensable desahogo económico.* El que puede moverse sin trabas en un medio social que ofrece múltiples posibilidades de diverso orden pero no puede asumirlas por carecer de medios económicos adecuados se siente privado de libertad. Como acabamos de ver, nuestra primera forma de libertad viene dada por la capacidad de ejercitar sin traba alguna nuestras potencias: andar,

ver, oír, hablar, pensar, hacer proyectos de todo orden... Pero el ejercicio de las potencias no es fecundo si no contamos con posibilidades. Leonardo da Vinci tuvo potencias extraordinarias –inteligencia, imaginación creadora, poder inventivo...–, pero no pudo satisfacer su ansia de volar, porque su sociedad carecía de posibilidades para ello – conocimientos científicos y técnicos, recursos económicos, planes políticos...–. La falta de posibilidades supone para el hombre una merma de libertad. De ahí que pasar de la penuria económica a la holgura suponga una liberación.

Para sentirse libre, debe uno contar con posibilidades diversas entre las que poder elegir. Por eso los niños y los jóvenes suelen considerarse muy libres cuando disponen de numerosas posibilidades y pueden elegir las que desean. Esta capacidad de elección podemos denominarla libertad de maniobra. El gobernante que ofrece este tipo de libertad a los ciudadanos es considerado a menudo como un liberador, un promotor de la libertad. ¿Es ésta una valoración justa? En ciertos casos sí, mas en otros no, pues poder elegir entre muchas posibilidades no equivale todavía a ser libre interiormente. Es sólo una condición para ello, como lo es el ejercicio expedito de las propias potencias –ver, oír, andar...–.

4) *La libertad de moverse en la vida social con un plan ilusionante.* Uno puede disponer de amplia libertad de movimiento y elección pero no tener un plan de conjunto que oriente sus decisiones hacia una meta, un valor que dé sentido a la vida. Siente satisfacción al poder elegir, pero se ve frustrado al advertir que sus elecciones se mueven dentro de un horizonte vital muy angosto. Hay formas de pensar y de orientar la vida que reducen considerablemente el valor de cuanto se realiza: el amor es reducido a la saciedad de un impulso pasional; el deporte es visto como mera competición, afanosa de ganar a cualquier precio por razones de revancha y prepotencia; el poder es ansiado como medio para aumentar el dominio y la posesión de bienes de todo orden... Estas precarias «concepciones de la vida» someten, en la actualidad, a multitud de personas a servidumbre espiritual mediante los recursos demagógicos de la manipulación. El que es presa fácil de las tácticas manipuladoras carece de libertad interior.



5) *La libertad de moverse en un ambiente acogedor.* Una persona puede disponer de las diversas formas de libertad indicadas anteriormente, pero hallarse sometido a diversas presiones y chantajes debido a motivos ideológicos, políticos, morales o religiosos. Tiene capacidad para actuar con eficacia y excelencia, incluso en niveles culturales elevados, pero se enfrenta a un cerco de hostilidad que convierte cada decisión en una fuente de riesgos. Los que han vivido alguna época de terror en su vida no podrán olvidar el deseo vehemente que sentían de verse liberados de esa insufrible tensión.

6) *La libertad para crear las formas más elevadas de unidad, es decir, formas de encuentro.* Supongamos que una persona disfruta de las cinco formas de libertad reseñadas anteriormente –tiene capacidad de ejercitar sus potencias en todo tiempo y lugar, dispone de holgura económica, se halla en un entorno propicio, actúa con una finalidad precisa...– y desempeña, merced a ello, un papel relevante en la sociedad. Podemos pensar que es totalmente libre, pues cuenta con muchas posibilidades y se halla en franquía para elegir las que desea. Debemos recordar, no obstante, que esta elección de posibilidades sólo tiene cabal sentido en nuestra vida si se ajusta a las exigencias que plantea nuestro desarrollo personal. Tales exigencias son las mismas del encuentro, ya que los seres humanos vivimos como personas y nos perfeccionamos como tales creando toda

suerte de encuentros, entendidos en su plenitud de sentido. Crear estos modos elevados de unidad es nuestra meta en la vida, nuestro ideal. Hemos de orientar la capacidad de elección hacia dicha meta. En caso positivo, somos «libres para ser creativos».

La libertad creativa consiste en orientar la vida hacia el ideal auténtico

En las cinco primeras formas antedichas de libertad se pone el acento en la liberación de alguna traba: la imposibilidad de movernos –en absoluto o en determinados lugares–, la carencia de posibilidades económicas, la falta de un entorno amistoso... Esto puede inclinarnos a pensar que ser libre es carecer de impedimentos que coarten las diversas formas de juego que deseamos realizar en la vida. Ser plenamente libre se reduce, así, a disfrutar de una plena «libertad de maniobra». Tal limitación del concepto de libertad lo priva de su sentido más elevado.

Tras explicar esto en un congreso, un joven se acercó a mí visiblemente conmovido y me dijo con gran tristeza: «¡Me ha hecho usted polvo!». «No era mi intención –le respondí–. ¿Qué le sucede?». «Hasta hace una hora –agregó– yo me creía la persona más libre del mundo, pues mis padres me mantienen a tope una cuenta corriente y me dejan tomar las iniciativas que desee. Pero yo elijo sólo en virtud de mis apetencias. Y usted acaba de explicar que los deseos no llevan en sí su propia justificación. Por eso, puedo desear algo intensamente, y, al conseguirlo, buscarme la ruina». Me acerqué un poco más a él, para ganar en confidencialidad, y le dije, cálidamente: «No esté tan triste, hombre, levante el ánimo porque le queda toda la vida por delante para disfrutar del descubrimiento que acaba de hacer. Usted consideraba la libertad de maniobra como la única y suprema forma de libertad. Ahora adivina que, por encima de ella, existe la libertad creativa. Celebre este hallazgo. ¿Sabe usted a qué abismos se estaba asomando a diario, cuando disponía de tantas posibilidades y no tenía un móvil elevado que orientara debidamente su capacidad de elección?».

La libertad de maniobra es, de por sí, algo valioso porque ensambla varias formas de libertad, pero no significa todavía una auténtica libertad interior, pues no discierne si lo que se elige es constructivo o destructivo para nuestra vida personal. Elegir en cada momento unas posibilidades u otras sólo tiene sentido si tal elección contribuye a nuestro desarrollo como



personas. Y, como nos desarrollamos plenamente al realizar nuestro auténtico ideal, elegimos con libertad creativa cuando escogemos una posibilidad entre varias no porque nos agrada más sino porque nos lleva a la creación de modos elevados de unidad.

Este modo de libertad exige cierta dosis de desprendimiento, que nos permite tomar distancia frente a las ganancias inmediatas y liberarnos del apego a lo fascinante. El desprendimiento nos da luz para ver, al mismo tiempo, una acción concreta y el ideal que la mueve. El ideal perseguido imanta –por así decir– toda nuestra vida, la orienta hacia la plenitud, hace que realicemos libremente lo que constituye un deber para nosotros. El que se siente ligado a un ideal libremente acogido sabe ver la obligación como una vinculación fecunda que lo conduce a su cabal desarrollo.

La selección de las posibilidades que puedan desarrollarnos debidamente debemos hacerla a la luz de una idea clara de lo que somos como personas y, por tanto, de nuestra vocación y misión en la vida. La libertad de elegir ha de estar encauzada por la figura de hombre que estamos llamados a adquirir. Los seres humanos podemos realizarnos

de formas diversas libremente. Esa libertad será auténtica si nuestro desarrollo responde a nuestra verdadera vocación, a las exigencias más profundas de nuestro ser. Será inauténtica si nuestro uso de la misma nos desvía de la figura humana que debemos configurar a lo largo de la vida.

¿Cómo ha de ser esa figura humana? Merced a la investigación científica actual y a nuestra propia experiencia sabemos bien que no podemos crecer como personas mediante la realización de actos insolidarios, por gratificantes que sean. Nos desarrollamos creando diversas relaciones de encuentro. En el plano biológico no podemos ser fecundos a solas. En el plano personal no logramos ser creativos sin abrirnos a otras realidades para asumir activamente las posibilidades que nos ofrezcan. Elegir desde la soledad del propio egoísmo supone una libertad vacía, que no sirve a la edificación de la vida humana. Ejercitar la libertad de maniobra –la capacidad de elegir diversas posibilidades– de forma insolidaria no denota libertad auténtica, pues estamos llamados a tejer una vida en comunidad. Los valores que implica ese tipo de libertad deben ensamblarse en la clave de bóveda que es el ideal de la unidad. Si no se orientan hacia la realización de este ideal, esas formas de libertad quedan desgajadas y se tornan infecundas, cuando no incluso destructivas.

Cuando elijo algo, no porque sea agradable y favorezca mis intereses inmediatos, sino porque me ayuda a realizar el verdadero ideal, me distancio de mi afán de dominio y manejo –nivel 1–, para elevarme al plano de la colaboración creativa –nivel 2– y optar incondicionalmente por los grandes valores –nivel 3–. Esa capacidad de distanciarme de los valores inmediatos me permite ver a través de todo lo que haga el ideal que debe inspirar mi acción y darle sentido. Este ideal polariza toda mi vida, la orienta hacia la plenitud, le da pleno sentido. Esa capacidad de ver al mismo tiempo distintos aspectos de la vida y ordenarlos conforme a su rango constituye la libertad interior o libertad creativa. Se trata de un modo de libertad muy lúcido: al verme ligado a un ideal voluntariamente elegido sé ver la obligación de realizarlo como vinculación nutricia que me conduce a mi pleno desarrollo.



Esta elección libre del deber puede hacerse por motivos diversos, y de esta diversidad se derivan los grados distintos de perfección de la libertad.

Los grados de perfección de la libertad creativa

Si elijo lo que debo hacer pues lo considero como una obligación que me viene impuesta por mi misma realidad personal –vista en todas sus implicaciones–, soy verdaderamente libre, pero en grado elemental.

Si asumo tal deber con amor, por ver en él un medio para realizar el ideal de mi vida, mi libertad es más perfecta. Amar un ideal verdadero confiere una gran libertad interior.

Cuando ese amor deja de ser simple afecto para alcanzar la cima del entusiasmo, la libertad se hace suprema. Realizo, entusiasmado, lo que debo realizar. El esfuerzo que tal realización implica queda con ello transfigurado; se hace leve; se integra en un proceso de elevación a lo mejor de uno mismo; deja de significar una represión para entrañar una sublimación.

Esta forma de altísima libertad la rehuimos con frecuencia porque no tenemos el coraje de aceptar responsablemente todo lo que somos. Ser responsable indica estar activamente a la escucha de cuanto encierra un valor y me pide que lo asuma y realice en mi vida. Algo es valioso para mí cuando me ofrece posibilidades para actuar con sentido. Si respondo positivamente a los valores que me invitan a asumirlos, actúo responsablemente y me hago responsable del resultado de mis acciones.

Sólo el hombre responsable es libre, está liberado de la reclusión egoísta en la soledad de su yo y se halla abierto a las realidades que hacen posible su creatividad y su desarrollo personal. Cuando sabe responder activamente al valor más alto –la unidad que funda con los demás el que está dispuesto a dar la vida por amigos y enemigos–, consigue una forma de libertad perfecta, diríamos sobrehumana.

Es asombroso pensar que un ser finito pueda poner frente a sí todo cuanto existe, desde el ser más insignificante hasta el mismo Creador, e incluso enfrentarse a quien es el origen y la meta de su vida. Esta ruptura supone negarse a responder a su llamada y volverse irresponsable. Que el Ser Supremo haya creado libremente un ser finito capaz de rebelarse contra Él es para nosotros un gran enigma, sólo accesible en alguna forma

cuando nos abrimos a la revelación bíblica de que el Dios Todopoderoso se define como Amor (1 Jn 7). De este modo, el enigma de la libertad se convierte en misterio y nos invita a adoptar una actitud básica e incondicional de responsabilidad. Debemos saber responder adecuadamente, con nuestra conducta, al privilegio de ser libres, de poder elegir una meta como ideal y dirigir nuestra existencia hacia éste con la energía que él nos otorga.



La libertad perfecta viene dada por la entrega al amor absoluto

En el infierno de un campo de concentración, un padre de familia está a punto de ingresar en un calabozo para morir allí de extenuación. Uno de los prisioneros se adelanta y se ofrece para entrar en su lugar. Esta libertad interior frente al propio instinto de conservación sólo es posible cuando uno ha interiorizado de tal modo el ideal de la unidad que todos los demás valores –incluido el de la propia vida– quedan supeditados a él.

Un joven israelita es arrastrado, a empujones, fuera de los muros de Jerusalén. Al final del trayecto, el grupo que lo acosa se aleja un tanto de él y empieza a lapidarlo. ¿Puede alguien hacerse una idea del desamparo espiritual que supone morir cercado de odio? Los animales moribundos suelen buscar un refugio para sentirse menos desvalidos. Estaban se hallaba solo, en el descampado, frente a sus verdugos. Lo normal era intentar huir, gritar, defenderse a la desesperada, morir matando. Pero se mantuvo sereno, con la mirada dirigida a lo alto, y desde esa altura pronunció una palabra de perdón para quienes poco después le dejarían sin voz para siempre. Hace falta una capacidad sobrehumana de desapego de sí mismo, de distanciamiento respecto a la propia situación adversa para desbordar el presente y situarse en el punto de vista del puro amor, del amor que, incluso en una situación límite, consagra las últimas fuerzas a restaurar la unidad que los enemigos están desgarrando de forma implacable. Esta identificación con el amor absoluto, incondicional, marca el momento cumbre de la libertad humana.



Vejez

Juan Manuel de Prada (XLSemanal)

Es propio de las sociedades civilizadas el respeto y veneración a la sabiduría que aportan los ancianos, estrechando los vínculos entre las generaciones, en vez de rompiéndolos

Si echamos la vista atrás y tratamos de hallar algún rasgo constitutivo común entre las distintas y más apartadas civilizaciones (tanto en el tiempo como en el espacio), descubriremos que casi todas se distinguieron por honrar a sus ancianos. En efecto, son raras las formas de comunidad humana en las que los viejos han sido desdeñados o condenados al descrédito; y todas ellas han fenecido pronto. En la Antigüedad, los ancianos ocuparon siempre los puestos más encumbrados de la consideración social, como custodios de las tradiciones, depositarios de una sabiduría ancestral y espejo en el que los jóvenes deseaban contemplarse: ellos eran reyes y consejeros de reyes, sumos sacerdotes, oráculos y profetas; ellos eran patriarcas y tutores de sus respectivas familias y clanes; y se les rendía respeto y veneración, pues se reconocía en ellos un conocimiento profundo de las cosas, nacido de la experiencia y la meditación, que les permitía avizorar el futuro con mayor clarividencia y ecuanimidad.

La sabiduría acumulada de los ancianos, su magisterio vivo, su prudencia cautelosa fueron tenidos tradicionalmente como el más preciado tesoro por quienes nos precedieron. Y los ancianos fueron, durante siglos, el corazón de nuestra civilización: en el seno de la familia, en la organización política, en el culto religioso, en los foros intelectuales, su voz era escuchada y sus consejos atendidos; y a ellos se encargaba la formación de las nuevas generaciones. Este papel activo y medular que los ancianos desempeñaron en otras fases de la historia fue puesto en solfa en épocas recientes, bajo un disfraz cínicamente humanitario: se entendió que los viejos ya habían prestado en su juventud y madurez el servicio que la sociedad les demandaba; y se estableció que debían completar su vida descansando de pasadas fatigas. Así, bajo esta máscara jubilar, los viejos fueron confinados en un arrabal de inactividad; y poco a poco, desposeídos del puesto que tradicionalmente ocupaban en la sociedad, se fueron convirtiendo en rémoras: expulsados de la vida pública, su consejo dejó de alumbrar la política; apartados de las labores docentes, su enseñanza se eclipsó; y hasta fueron despojados del lugar preeminente que ocupaban en el seno familiar, a medida que se difuminaba el mandato humano y divino de honrar a los padres. De manera casi imperceptible, los ancianos dejaron de ser el más preciado tesoro de la comunidad, para convertirse en su mayor lastre; pues sólo se vio en ellos una fuente inagotable de gasto asistencial (y ocasionalmente un granero de votos). Y todo esto ocurría, paradójicamente, mientras la sociedad, yerma y ensimismada en su bienestar, envejecía a una velocidad creciente.

Pero detrás de este desprestigio de la vejez se ocultan taras sociales muy profundas. Ante todo, una destrucción de los vínculos intergeneracionales que aseguran la identidad de las comunidades humanas, que cuando reniegan de la tradición que las nutre acaban convertidas en organismos invertebrados, huérfanos de una genealogía espiri-

tual y fácil pasto de la opresión. Una sociedad que ha reducido a sus viejos a la irrelevancia es una sociedad que, por no saber mirarse en su pasado, está incapacitada para afrontar su futuro. Decía Cicerón que «el viejo no puede hacer lo que hace un joven; pero lo que hace es mejor». Sin embargo, en nuestra época parece que se intenta prolongar la adolescencia hasta la madurez y la madurez hasta el tiempo de la sabiduría que debería ocupar la vejez. Es decir, se lucha contra la naturaleza intentando alterar e invertir su orden, impidiendo que discurra como debería hacerlo. El resultado es inevitable: llegada la hora final, nos sentimos incompletos y vacíos... porque probablemente lo estemos. Así se explica la liviandad con la que hemos aceptado el abandono de miles de viejos en los morideros llamados cínicamente «residencias», durante la plaga coronavírica; y también la promulgación de leyes vitandas (que nuestra sórdida época considera, sin embargo, humanitarias) para que los viejos abandonados y solos, acechados por los achaques y el dolor, puedan recibir un dulce matarile. La vejez se ha convertido en un arrabal excedente de la vida, un túnel en el que nadie desea entrar; y quienes en él entran ya saben que les aguarda el abandono de los cachivaches recluidos en un desván.



Pero envejecer no es adentrarse en un túnel ni recluirse en un desván; envejecer es –la frase pertenece al cineasta Ingmar Bergman– «como escalar una gran montaña: mientras se sube, las fuerzas disminuyen; pero la mirada es más libre y la vista más amplia y serena». Las sociedades que prescindan de esa mirada, o la ciegan, son sociedades decrepitas que no merecen seguir viviendo.



¿Milei tiene un proyecto?

Alberto Buela

Dos proyectos diametralmente diferentes, pero los únicos dos que escuchamos en medio siglo. El de Perón ha sido estudiado hasta el cansancio por peronistas y politólogos pero, lamentablemente, nunca se llevó a la práctica política, el de Milei, se verá.

El 1 de mayo de 1974 el General Perón presentó ante el Congreso de la Nación su modelo argentino para el Proyecto Nacional, pasó medio siglo y el 1 de marzo de 2024 Javier Milei hizo lo mismo con su Convocatoria de Mayo.

Dos proyectos diametralmente diferentes, pero los únicos dos que escuchamos en medio siglo. El de Perón ha sido estudiado hasta el cansancio por peronistas y politólogos pero, lamentablemente, nunca se llevó a la práctica política, el de Milei, se verá.

El presidente se planta con esta convocatoria en el centro de la escena política argentina: tiene una propuesta y asume la centralidad política, el desafío pasó a la oposición política, esto es, kircheneritas y progresistas. Milei determinó al enemigo con nombre y apellido: Grabois, un kirchnerista, piquetero y papista, Massa, un progresista liberal y masón, antipapista, Moyano,

hijo de sindicalista, Máximo Kirchner, hijo de la ex presidente, Baradel, sindicalista que hizo pedazos la educación pública.

¿Y los peronistas? No los mencionó, porque hace ya muchos años que han quedado de lado de la actividad política. Son una masa millonaria de gente sin conducción apoyada en el recuerdo, que con la ayuda del menemismo, el duhaldismo y el kircherismo ha quedado sepultada.

Yo sospecho, pero no tengo información, que detrás de Milei hay alguien más que el liberal a ultanza de Benegas Lynch, porque se le han escapado tres o cuatro ideas fuerza que de progresistas no tienen nada, como la prohibición del lenguaje inclusivo de «todos y todas, (Cristina), niños y niñas, albañiles y albañilas (Kichiloff)»; la crítica al marxismo cultural de Gramsci, la quita de financiación a los partidos políticos (eliminación del Estado de partidos) y la desaparición del Inadi (la policía del pensamiento de Argentina).

Para enfrentar a Milei habrá que hacerlo desde una estrategia que no sea «la reiteración de lo mismo» como la huelga hecha por la CGT+piqueteros que no lo conmovió. Hay necesidad de nuevos y jóvenes dirigentes que no estén salpicados por la masiva y permanente corrupción a que nos sometió el kirchnerismo por 16 años, más los cuatro años del malísimo gobierno de Macri.

Milei está parado en el fracaso rotundo de los gobiernos de este primer cuarto de siglo XX, corruptos a más no poder, que nos dejaron un 50% de pobres en un país riquísimo.

Seguramente va a entregar el mar territorial con toda su potencial pesca, las tierras de frontera, la minería, los hidrocarburos, las vías navegables (ya cedió ante Uruguay no dragar el canal Magdalena), etc. etc. Pues a él le importa un pito el tema de la soberanía (no va a discutir Malvinas), la independencia económica (puso a Eduardo Elzain, *la volpe nel polaio*, a administrar los bienes del Estado y menos aún, la justicia social que, según sus palabras, «es un robo».

Así estamos hoy ¿qué nos está permitido esperar? *Chi lo sa.*



Montserrat 2024: Acto de Desagravio por la retirada de la estatua del Requeté en Montserrat

Javier Barraycoa

Por tercer año consecutivo, el carlismo catalán ha subido a la Montaña Santa para desagraviar el terrible acto que supuso la retirada del Requeté yacente frente al Mausoleo que recoge los restos de más de 200 caídos en el Tercio de Nuestra Señora de Montserrat.

Manifiesto de Montserrat 2024

Por tercer año consecutivo, el carlismo catalán se concentra en la sagrada montaña de Montserrat para denunciar la injusticia cometida con la retirada del monumento al Requeté y en demanda de su recolocación frente a la cripta donde descansan nuestros caídos, lugar desde donde tantos años honró la memoria de aquellos catalanes que valientemente dieron su vida por Dios y por España.

Pero, ¿por qué fue retirado el monumento? Fundamentalmente por dos razones:

La primera, por la voluntad de la izquierda de imponer una versión de la historia según la cual la II República era legítima y democrática. De este modo, pretenden hacernos creer que el bando republicano en la Guerra Civil era «el bueno»; en consecuencia, el otro bando era «el malo» y su memoria debe ser eliminada.

La segunda, porque el monumento suponía la ruptura de eso que llaman el «relato» del nacionalismo catalán, es decir, esa visión idílica y falsa según la cual los catalanes no son españoles y se opusieron en bloque al Alzamiento de 1936.

Por si fuera poco, su presencia suponía un mazazo en la conciencia de los propios monjes de Montserrat, concededores, a buen seguro, de que veintitrés de los suyos fueron asesinados por los republicanos, con lo que esto supone para una comunidad como la actual profundamente nacionalista y progresista.

Sin embargo, esta versión de la historia que nos quieren imponer no es más que propaganda, una falsedad. La II República se caracterizó, desde el primer momento, por su profundo anticatolicismo. Desde la misma Constitución republicana hasta la persecución física, pasando por la aprobación de leyes contrarias a la Fe o la desacralización de cementerios, el espíritu que animaba a la II República era esencialmente totalitario y contrario a la fe de la mayoría de los españoles. La idea última de las izquierdas españolas era la instauración de la dictadura del proletariado, no la implantación de una democracia liberal como pretenden hacernos creer. De hecho, esto no ha cambiado a día de hoy; la concepción del poder por parte de la izquierda sigue siendo esencialmente la misma: sólo es legítimo que gobiernen ellos. Por eso defendían la revolución y la violencia para hacerse con el poder; por eso iniciaron la revolución de 1934; por eso, hoy en día, siguen etiquetando como fascistas y ultraderechistas a todos aquellos que osan llevarles la contraria, y por eso promueven leyes como la de «memoria histórica». Pero, en su momento, se encontraron con que media España, como poco, era todavía católica y no se iba a dejar someter tan fácilmente. Pretender, además, que todos los que se levantaron contra el régimen republicano eran fascistas es una simplificación insultante.

El elemento clave en el estallido de la guerra en 1936 fue sin duda el religioso. El espíritu de Cruzada es el que empujó a miles de carlistas a combatir, entre ellos los valientes catalanes del Tercio de Nuestra Señora de Montserrat. «España siempre fue católica y únicamente católica desde el tiempo de Recaredo», escribió un carlista en el siglo XIX. Y dijo, además: «Cuando España estuvo al frente del catolicismo, entonces fue más grande y poderosa que nunca, y según fue enflaqueciendo su fe, así ha ido perdiendo su antiguo esplendor. La purísima moral de Jesús inspira a los españoles fuerza, vigor, entusiasmo, energía, unión, genio y belleza; el espíritu escéptico o liberal inspira inmoralidad, furor, ceguera, carencia de patriotismo, ignorancia y todos los males. La decadencia y la ruina de España está en razón directa de su ruina y decadencia en la Fe». Esta impronta católica de España es la que le procuró los enemigos de ayer y los enemigos de hoy, externos o internos. No se puede decir que no sea lógico; en realidad, es lo de siempre. Son las dos ciudades de san Agustín: «Dos amores fundaron, pues, dos ciudades, a saber: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena, y el amor de Dios hasta el desprecio de sí propio, la celestial. La primera se gloria en sí misma, y la segunda, en Dios, porque aquélla busca la gloria de los hombres, y ésta tiene por máxima gloria a Dios». No hace falta decir cuál es la ciudad que se ha impuesto no sólo en España, sino en todo Occidente. El hombre occidental ha dado la espalda a Dios y pretende, consciente o inconscientemente, ocupar su lugar. Cree que no le necesita. Sin embargo, como dijo un gran escritor colombiano, «el verdadero talento consiste en no independizarse de Dios». La soberbia generalizada de los occidentales les impide ver esto y, tarde o temprano, lo acabaremos pagando, y no se puede decir que no sea justo. Por eso, siguiendo al mismo escritor, debemos asumir que «nuestra última esperanza está en la injusticia de Dios».

Por otra parte, para los nacionalistas catalanes debe de ser muy difícil de digerir que un número tan importante de catalanes de «soca-rel», en su inmensa mayoría catalanoparlantes, empuñara



las armas en defensa de Dios y de España. Ahí estaba el monumento para recordarlo y no se podía consentir.

Y hoy, con el gobierno de España en manos de unos vendepatrias que se han entregado a los separatistas; con todos los resortes de poder en manos de los diseñadores de un proyecto de sociedad totalitaria donde impere el pensamiento único, es decir, el suyo; con la existencia misma de España amenazada, hoy, decimos, venimos aquí, a la montaña de Nuestra Señora de Montserrat, a elevar un grito en memoria de los Requetés caídos gloriosamente en defensa de la civilización, de Dios y de la Patria. Venimos aquí a decirles que, pese a todo, no murieron en vano. Venimos aquí a honrarles. Y venimos aquí a recordarnos a nosotros mismos su «ejemplo y sacrificio», como rezaba la placa que había en el monumento. Y seguiremos viniendo para recordarles a todos que un puñado de bravos carlistas catalanes derramaron su sangre en defensa de la España eterna, de la España católica.

Citaremos, para acabar, unos versos del «Himno marcial en honor de don Carlos VII»:

Hubo un tiempo, españoles altivos,
en que España las riendas tenía
de dos mundos, y noble vencía
en Otumba, en Lepanto, en Bailén.
Y los lauros cayeron marchitos
de tu frente, ¡nación sin ventura!
Ruja el son de tu antigua bravura
orgullosa levanta tu sien.

Visca Catalunya! Visca Espanya! ¡Viva Cristo Rey!
